

NADA CAMBIA

La incontrolable afición de Lucas por los viajesitos interplanetarios nos llevó de un sitio a otro sin asentarnos en ninguno. Que si Marte está muy contaminado, que si en Júpiter no se puede vivir con tanta tormenta...; también probamos suerte en dos de sus lunas. A mí la única que me gustaba era Europa. En realidad, la habían dado tanta difusión por toda la galaxia que la tenía idealizada o me tenían engañada, el caso es que llegamos tarde y se había puesto por las nubes. Por no hablar de que no había más que astro-pijos con sus chalecos espaciales montando módulos de colores chillones y haciendo ruido a todas horas.

Y, la verdad sea dicha, cuando conocí Ganimedes cambié completamente de idea. Ese gigantón ahí en mitad de la Vía Láctea es mucho más que un satélite y tiene de todo. No sé por qué no se le da más publicidad pues se vive estupendamente. Yo creo que ha sido denostado por los europijos para seguir sobrevalorando su satélite. Total, que nos quedamos. Lucas estaba encantado con la boyante industria de silicatos en la que se había especializado. Los niños no decían nada mientras tuviesen sus dispositivos avanzados de comunicación interplanetaria. Y yo, bueno, yo lo tenía un poco más difícil.

Mi especialidad era muy «terrestre (en todos los sentidos) porque, salvo en el planeta Tierra, no habíamos encontrado aún ningún lugar con suelo cultivable. Con suelo-suelo, quiero decir, no con esos sustratos artificiales que habíamos inventado para poder alimentarnos. Mi trabajo era artístico y casi en desuso: era paisajista. Además, en los grandes viajes ejercía mi segunda gran pasión: pilotar la nave cuando descansaba el capitán, o sea, Lucas, y, claro está, ahora la teníamos aparcada. Así que empecé a hacer vida social para entretenerme.

No vivíamos mal y sin darme cuenta desempeñaba mi papel de mujer florero mejor incluso que las preciosas robots al uso; éstas eran utilizadas generalmente por los solteros para no acudir solos a los eventos sociales porque estaba mal visto. Sin embargo las abandonaban sin problema tras pasar el control de entrada y las recogían a la salida. Ellas no protestaban y ellos se convertían en abejorros revoloteando de flor en flor, y hete ahí que a mí me consideraron una de ellas. De las flores, quiero decir.

Había un par de mozalbetes que competían en cada fiesta por llevarme a la pista. Al parecer, en Ganimedes quedaba poca gente que conociera el antiguo baile discotequero o no lo querían demostrar, no sé. El caso es que me lo pasaba pipa con aquellos dos imberbes, tomando el término de forma literal tanto por sin barba, como por inexpertos. Era un juego absolutamente inocente, pero Lucas no supo interpretarlo. No vio que eran dos pipiolos jugando y exhibiéndose (como Zeus y Ganimedes, es decir, como un dios y su amante-copero) y puso “espacio” de por medio.

Así que dimos el salto a otra galaxia: —Andrómeda está aquí al lado —dijo Lucas mirando de soslayo. Pero las comunicaciones empezaron a fallar, los críos no podían contactar con sus amigos (único entretenimiento de los adolescentes) e iniciaron una vertiginosa carrera a ver quién incordiaba más. Y ahí ahí andaba la cosa ¡dios bendito qué cansinos! Casi nos vuelven locos, hasta que se me ocurrió abrirles la sala cero, pues la ingravidez los aplacaba.

La sensación era tan plácida que se nos olvidó sacarlos y ahí los tenemos, estiraditos en sus camas y enchufados al tubo de alimentación para recomponer músculos y huesos. Como no pueden protestar reponemos en bucle nuestras viejas series de la televisión terrestre.